

IX

LA DONCELLA CAPITANA



Triste y hermosa, como si la tristeza fuese único patrimonio de su hermosura, salió errante de la patria una mujer, expulsada con otras muchas en aquellos duros años de éxodos crueles, cuando el fanatismo y los odios de raza abrieron en los pueblos españoles honda sangría que aun desfallece las arterias nacionales.

De padres moriscos, por el nacimiento española y por el espíritu cristiana, recibió Ana Félix en su frente, pura y juvenil, aquel tremendo anatema de la expulsión, decretado sobre la raza morisca por un Rey, *Piadoso* de sobrenombre, inepto como gobernante.

Con la turbia ola de sentenciados, que arrastraba miles de familias hacia las costas

andaluzas, íbase Ana desde su hogar manchego, donde vivió rica y feliz, donde supo de esperanzas y amor.

Cerca de los abandonados lares, cierto hidalgo, señor de un lugar, habíase rendido a las prendas gentiles de la moza, sin que ella acertase a desoír la fina solicitud del caballero. Gaspar Gregorio se llamaba, y por apuesto entre los que más se le tenía. Su corazón, sereno y ancho como la llanura natal, desconocía los repliegues donde el olvido se esconde, y las inquietudes que a la sana intención sirven de rémora. Para los grandes sentimientos de aquel enamorado, el horizonte no tenía confines: todo en las lontananzas del amor era infinito. Así, al ver que su novia caminaba al destierro, no tuvo más afán que el de seguirla, y vistiéndose el traje de morisco, mezclándose con ellos y hablando su lengua, que le era familiar, consiguió acercarse a su adorada, y hacerse amigo de los parientes que la conducían.

Con este noble rasgo de fidelidad sintió profundísimo gozo nuestra viajera triste y

hermosa. En sus labios y en sus ojos volvieron a sonreír la gratitud y la ilusión, aunque en su espíritu remansaban, desde el torrente de las emociones, hondas lagunas de melancolía.

El padre de Ana, poseedor de muchas riquezas, había salido del país buscando refugio para su hogar, amenazado con los pregones del destierro. Dejó enterrados los caudales en lugar seguro, y a la hija, su mayor tesoro, confiada a unos deudos: los mismos que la llevaron al consumarse la expatriación sin tregua ni piedad. Y el alma sensible de la joven, aun refrigerada por las dulces brisas del amor, se inclina bajo los recuerdos filiales con pesadumbre que alcanza a las memorias de una alegre niñez y a la querencia del perdido terruño, no por áspero y gris menos amado.

A las terribles penalidades del camino se unen mil zozobras. El ensañamiento y la venganza rondan los atajos por donde los bereberes huyen bajo el azote de una ley que no parece de prudencia sino de exterminio. El llanto, el despojo y la muerte

acuden con siniestro semblante a despedir a los infelices. Muchos de ellos, antes de lanzarse a la hospitalaria embarcación, aún besan con ternura la arena de las playas españolas.

Y Ana Félix, de hinojos en la ingrata orilla, pone también sus labios en el sable, húmedo y salitroso, que la deja un amargo sabor a lágrimas...

Al arribar a las costas de Berbería hacen alto en Argel los parientes de Ana, y allí se queda don Gaspar, sin otro pensamiento que el de servir a su señora. Viven ella y él sostenidos por el mutuo amor, cultivando con sagrada firmeza la nostalgia de la patria perdida. Mil veces evocan juntos la imagen de aquella tierra ausente, cuya línea, dura y pobre, se amansa en el enamorado pensamiento hasta convertirse en plácida visión.

El país africano, tendido con indolencia entre el Sahara y el mar, espléndido en perfiles y colores, lujurioso en galas y perfu-

mes, no compensa a los amantes, que añoran su austera llanura, la paz solemne de una tierra desposada con el cielo en bodas inefables.

En vano el laurel rosa, el blanco sauce, el arrayán oloroso, compiten con aloes y palmeras, cedros y almece, oxiacantos y tamariscos en los valles dulces del antiguo Al-Yezair. Ana y Gaspar, amándose mucho en el africano vergel, piensan con hondo anhelo en sus mieses manchegas, pálidas y mustias, en los desolados huertos donde apenas florecen el humilde tomillo y la tímida amapola. ¡Y es que no hay caminos para el corazón como aquellos que guardan las semillas de nuestra niñez!

Estos, donde posan la morisca y su galán, esconden en la propia hermosura una misteriosa extrañeza. A veces, sobre los campos de *alfa*, entre los cedros y los mirtos, llega hasta los amantes una brisa caliente y medrosa como un hálito del siroco, el *jamsin* del Gran Desierto. A su paso, inclinan limoneros y alfónsigos la ingente corpulencia con odorante quejido, y todos

los silvestres rumores adquieren la trágica inquietud del jofor musulmán, un secreto augurio que se clava en las alegrías de los expatriados, como alfanje traidor.

No falla siempre el agorero aviso que así les sacude impacientes y recelosos; porque llegan hasta el Rey noticias de la donosura y riquezas de Ana Félix, y la manda llamar con propósitos viles.

Para sobreponer la codicia del avaro a los apetitos del hombre, la despierta moza asegura que del tesoro de su padre sólo ella conoce el escondite. Y el aprovechado monarca, imagen, sin duda, de aquel Azán-Bajá que compró el cautiverio de Cervantes por quinientos escudos, dispone que la hermosa vuelva a España, bajo la custodia de turcos y moros, en busca del apetecido caudal.

Debe partir, huyendo del Rey, y caer en manos de la chusma dispuesta en un bergantín para el viaje. Cierta renegado español, secretamente arrepentido de sus abjuraciones, forma con la gente de a bordo para acompañar a la morisca en su desembarco, y esta ayuda la prestaría algún aliento si don

Gaspar Gregorio no quedase cautivo y amenazado en poder del monarca.

El andariego señor don Quijote, buscaba en la insigne ciudad de Barcelona nuevas y descomunales aventuras, cuando un caballero de valía, que le hospedaba con muchos agasajos, invitóle a visitar en el puerto unas galeras. Las cuales, apercebidas a tanto honor, recibieron al hidalgo tocando las músicas, abatiendo las tiendas y alargando hasta el muelle un precioso esquife revestido con paños y almohadones de velludo.

Los galeotes, amaestrados bajo la disciplina del rebenque fustigador, hicieron ágiles maniobras mientras el forastero y sus amigos ocupaban los bandines, alhajados también como en las grandes fiestas.

Un hervoroso jadear de cuerpos desnudos, un recio crujir de vergas, cabillas y motones, dió a la galera capitana fuerte impulso mar adentro, ancho mar hondo y azul nunca visto por el andante castellano. Abismábase éste en la contemplación de tanta novedad y

maravilla, volviendo los asombrados ojos desde el marinero confín, esperanza de nobles ideales, hasta la brusca realidad del comité que empuñaba el corbacho sobre los infelices prisioneros.

De pronto Montjuich hizo señal de que por el lado ponentino se descubría un bajel pirata, y las cuatro galeras se dispersaron en persecución del intruso, dóciles y rapaces al mandó del general.

No tardaron en volver con la presa, un carabelón argelino tripulado por turcos y moros, los cuales, en la intentada fuga, habían muerto a tiros de arcabuz a dos forzados de las galeras del Rey. Tornaba a la marina con aire vengativo el general vencedor, muy quejoso de aquellas muertes inútiles, pensando colgar a sus prisioneros en la entena de la capitana, uno a uno, con el arráez a la cabeza.

A este punto había llegado al puerto el virrey para visitar las naves, y con él se trasladó a bordo, entre las personas de la comitiva, un anciano peregrino. Visitantes y marineros comentaron la caza del bergantín beber, doliéndose del terrible castigo que es-

peraba a los corsarios. Por tales los tenían, aunque luego se supo que sólo de ocasión lo eran, pues, viniendo a España con pacíficos propósitos, sintieron la codicia de piratear cuando la costa les pareció indefensa.

Ya el arráez tenía atadas las manos y tendida sobre el cuello la soga del suplicio, porque el general quería tomar pronta venganza de sus soldados muertos a traición, con desacato de las leyes marciales.

Pero el virrey miraba con mucha compasión al mozo sentenciado, criatura de singular donaire y tierna juventud.

—¿Eres moro, o eres turco?—le preguntó.

Y él, con suavísimo acento que delataba la verdad de su respuesta :

—Soy—dijo—una mujer cristiana.

Nadie lo puso en duda : el interés y la curiosidad aguijaron todas las atenciones mientras el virrey pedía que la extraña viajera contase su historia.

Con los dulces ojos plenos de llanto, crecido el corazón por un impulso de esperanza, Ana Félix, en traje de arráez morisco,

relató sus tristes aventuras, tal como quedan referidas, hasta el punto en que la moza, por el amor y por el honor, se hizo marinera y capitana. Confesándose inocente del atentado contra las galeras españolas y del intento de piratería, se resignaba a morir, lamentando el cautiverio de su prometido, para quien pedía rescate.

El peregrino, viejo y curioso, allí embarcado, lanzó entonces un grito de gozo y de inquietud, reconociendo a su hija en la viajera hermosa. Arrojó el bordón y la muceta para correr a sus brazos, y ella le recibió con mil transportes, llamándole padre.

Milagroso parecía aquel encuentro, y trágico bajo el dolor de una mortal sentencia. Pero el virrey, coreado por todos los presentes, solicitaba ya del conmovido general un amplio indulto. Insinuantes eran las súplicas, y auras de misericordia parecían venir del claro mar, abierto como infinita ventana, a las altas conquistas del sentimiento.

Fué otorgado el perdón y bendecido con singulares alborozos por el alma generosa de

don Quijote, traspasada cien veces de pasiones, aquel día.

Por fuero de belleza y tributo de admiración concedióse a Ana Félix ayuda para rescatar a su novio, a cuyo empeño se ofrecía con heroico brío el militante caballero de la Mancha. Trabajo costó convencerle de que en tal aventura serían más poderosos los remos que las armas, las intrigas más eficaces que el valor, y más feliz que la pelea, el disfraz.

El padre de Ana, que había desenterrado ya su fortuna y había recuperado en la búsqueda hija su más rica joya, aprestó dineros para la expedición que en Argel debía de salvar al cautivo.

Preces y votos de la dulce niña acompañaron, sin duda, a la pobre nave de seis remos por banda, que regida por cristianos valientes acometió la empresa y tornó vencedora, restituyendo a don Gaspar Gregorio la libertad, la patria y el amor, en cuyos soberanos beneficios quedaron los amantes presos con suavísima esclavitud.

Entretanto, el incansable Caballero de los



Leones ronda todavía la ribera, esperando, tal vez, descubrir en la costa un hacho luminoso, rútilo fogaril que le señale rumbos hacia el soñado puerto del Ideal...

X

LA SARTA DE CORALES